

Un día perfecto para el pez banana

J. D. Salinger

En el hotel había noventa y siete publicitarios neoyorquinos, y monopolizaban las líneas telefónicas de larga distancia de tal manera que la chica del 507 tuvo que esperar su llamada desde el mediodía hasta las dos y media de la tarde. Pero no perdió el tiempo. En una revista femenina de bolsillo leyó una nota titulada "El sexo es divertido... o infernal". Lavó su peine y su cepillo. Quitó una mancha de la falda de su traje beige. Corrió un poco el botón de la blusa de Saks. Se arrancó los dos pelos que acababan de salirle en el lunar. Cuando, por fin, la operadora la llamó, estaba sentada al lado de la ventana y casi había terminado de pintarse las uñas de la mano izquierda.

Era una chica a la que una llamada telefónica no le hacía gran efecto. Daba la impresión de que el teléfono hubiera estado sonando constantemente desde que ella alcanzó la pubertad.

Mientras el teléfono llamaba, con el pincelito del esmalte se repasó la uña del dedo meñique, acentuando el borde de la luna. Tapó el frasco y, poniéndose de pie, abanicó en el aire su mano pintada, la izquierda. Con la mano seca, tomó del asiento junto a la ventana un cenicero repleto y lo llevó hasta la mesita de luz, donde estaba el teléfono. Se sentó en una de las dos camas gemelas ya tendida y —ya era la cuarta o quinta llamada— levantó el tubo del teléfono.

—Hola —dijo, manteniendo extendidos los dedos de la mano izquierda lejos de la bata de seda blanca, que era lo único que tenía puesto, salvo las chinelas: los anillos estaban en el cuarto de baño.

—Su llamada a Nueva York, señora Glass —dijo la operadora.

—Gracias —contestó la chica, e hizo lugar en la mesita de luz para el cenicero.

A través del auricular llegó una voz de mujer:

—¿Muriel? ¿Eres tú?

La chica alejó un poco el auricular del oído.

—Sí, mamá. ¿Cómo estás? —dijo.

—He estado preocupadísima por ti. ¿Por qué no llamaste? ¿Estás bien?

—Traté de telefonar anoche y anteanoche. Los teléfonos acá han...

—¿Estás bien, Muriel?

La chica aumentó un poco más el ángulo entre el auricular y su oreja.

—Estoy perfectamente. Con calor. Este es el día más caluroso que ha habido en la Florida desde...

—¿Por qué no llamaste? Estuve tan preocupada...

—Mamá, querida, no me grites. Puedo oírte perfectamente —dijo la chica—. Anoche te llamé dos veces. Una vez justo después...

—Le dije a tu padre que seguramente llamarías anoche. Pero no, él tenía que... ¿Estás bien, Muriel? Dime la verdad.

—Estoy perfectamente. Por favor, no me preguntes siempre lo mismo.

—¿Cuándo llegaron?

— No sé... el miércoles, a la madrugada.

— ¿Quién manejó?

— El — dijo la chica —. Y no te asustes. Condujo bien. Yo misma estaba asombrada.

— ¿Manejó él? Muriel, me diste tu palabra de que...

— Mamá —interrumpió la chica—, acabo de decírtelo. Condujo perfectamente. No pasamos de ochenta en todo el camino, esa es la verdad.

— ¿No trató de hacerse el tonto otra vez con los árboles?

— Vuelvo a repetirte que manejó muy bien, mamá. Vamos, por favor. Le pedí que se mantuviera cerca de la línea blanca del centro, y todo lo demás, y entendió perfectamente, y lo hizo. Hasta se esforzaba por no mirar los árboles... podía notarse. Entre paréntesis, ¿papá hizo arreglar el auto?

— Todavía no. Piden cuatrocientos dólares, sólo para...

— Mamá, Seymour le dijo a papá que pagaría él. No hay motivo, entonces...

— Bueno, ya veremos. ¿Cómo se portó? Digo, en el auto y demás...

— Muy bien — dijo la chica.

— ¿Siguió llamándote con ese horroroso...?

— No. Ahora tiene uno nuevo.

— ¿Cuál?

— Mamá... ¿qué importancia tiene!

— Muriel, insisto en saberlo. Tu padre...



Mónica Naranjo Uribe, *Berlin half-stories* (serie de 65 dibujos y textos), dibujo a lápiz con coloreado e impresión digital, 20 x 20 cm, 2007-2008

— Está bien, está bien. Me llama Miss Buscona Espiritual 1948 — dijo la chica, con una risita.

— No tiene nada de gracioso, Muriel. Nada de gracioso. Es horrible. Realmente, es triste. Cuando pienso cómo...

— Mamá —interrumpió la chica—, escúchame. ¿Te acuerdas de aquel libro que me mandó de Alemania? Acuérdate... esos poemas en alemán. ¿Qué hice con él? Me he estado rompiendo la cabeza...

— Tú lo tienes.

— ¿Estás segura? — dijo la chica.

— Por supuesto. Es decir, lo tengo yo. Está en el cuarto de Freddy. Lo dejaste aquí y no había lugar en la... ¿Por qué? ¿Él te lo pidió?

— No. Simplemente me preguntó por él, cuando veníamos en el auto. Me preguntó si lo había leído. — ¡Pero está en alemán!

— Sí, querida. Ese detalle no tiene importancia — dijo la chica, cruzando las piernas—. Dijo

que casualmente los poemas habían sido escritos por el único gran poeta de este siglo. Me dijo que debería haber comprado una traducción o algo así. O aprendido el idioma... nada menos...

—Espantoso. Espantoso. En verdad es triste. Anoche dijo tu padre.

.. —Un segundito, mamá —dijo la chica. Cruzó hasta el asiento junto a la ventana en busca de sus cigarrillos, encendió uno y volvió a sentarse en la cama—. ¿Mamá? —dijo, exhalando el humo.

—Muriel... mira, escúchame.

—Te estoy escuchando.

—Tu padre habló con el doctor Sivetski.

—¿Ajá? —dijo la chica.

—Le contó todo. Por lo menos, así me dijo... ya sabes cómo es tu padre. Los árboles. Ese asunto de la ventana. Las cosas horribles que le dijo a la abuela acerca de sus proyectos sobre la muerte. Lo que hizo con esas fotos tan hermosas de las Bermudas... todo.

—¿Y entonces...? —dijo la chica.

—En primer lugar, dijo que era un verdadero crimen que el ejército lo hubiera dado de alta en el hospital. Palabra. En definitiva, dijo a tu padre que hay una posibilidad... una posibilidad muy grande, dijo, de que Seymour pierda por completo la cabeza. Te lo juro.

—Aquí en el hotel hay un psiquiatra —dijo la chica.

—¿Quién? ¿Cómo se llama?

—No sé. Rieser o algo así. Dicen que es muy bueno.

—Nunca lo oí nombrar.

—De todos modos, dicen que es muy bueno.

—Muriel, por favor, no seas inconsciente. Estamos muy preocupados por ti. Lo cierto es que... anoche tu padre estuvo a punto de cablegrafiar-te que volvieras inmediatamente a casa...

—Por ahora no pienso volver, mamá. Así que tómallo con calma...

—Muriel... palabra... El doctor Sivetski dijo que Seymour podía perder por completo la...

—Mamá, acabo de llegar. Hace años que no me tomo vacaciones, y no pienso meter todo en la valija y volver a casa porque sí —dijo la chica—. De cualquier modo, ahora no podría viajar. Estoy tan quemada por el sol que ni me puedo mover.

—¿Te quemaste mucho? ¿No usaste ese bronceador que te puse en la valija? Está...

—Lo usé. Me quemé lo mismo.

—¿Qué horror! ¿Dónde te quemaste?

—Me quemé toda, mamá, toda.

—¿Qué horror!

—No me voy a morir.

—Dime, ¿le hablaste a ese psiquiatra? —Bueno... sí... más o menos... —dijo la chica.

—¿Qué dijo? ¿Dónde estaba Seymour cuando le hablaste?

—En la Sala Océano, tocando el piano. Tocó el piano las dos noches que hemos pasado aquí.
—Bueno, ¿qué dijo?

—¡Oh, no mucho! Él fue el primero en hablar. Yo estaba sentada anoche a su lado, jugando al

Bingo, y me preguntó si el que tocaba el piano en la otra sala era mi marido. Le dije que sí, y me preguntó si Seymour no había estado enfermo o algo por el estilo. Entonces yo le dije...

— ¿Por qué te hizo esa pregunta?

— No sé, mamá. Tal vez porque lo vio tan pálido, y qué sé yo — dijo la chica —. La cuestión es que después de jugar al Bingo, él y su mujer me invitaron a tomar una copa. Y yo acepté. La mujer es espantosa. ¿Te acuerdas de aquel vestido de noche tan horrible que vimos en la vidriera de Bonwit? Que tú dijiste que había que tener un chico, chiquísimo...

— ¿El verde?

— Lo tenía puesto. Con esas caderas. Se la pasó preguntándome si Seymour estaba emparentado con esa Suzanne Glass que tiene una tienda en la avenida Madison... la mercería...

— ¿Pero él qué dijo? El médico.

— ¡Ah! sí... Bueno... en realidad, mucho no dijo. Sabes, estábamos en el bar. Había un bochinche terrible. — Sí, pero... ¿le... le dijiste lo que trató de hacer con el sillón de la abuela?

— No, mamá. No abundé en detalles — dijo la chica —. Seguramente podré hablarle de nuevo. Se pasa todo el día en el bar.

— ¿No dijo si había alguna posibilidad de que pudiera ponerse... tú sabes, raro, o algo así...? ¿De que pudiera hacerte algo...?

— En realidad, no — dijo la chica —. Necesita conocer más detalles, mamá. Tienen que saber todo sobre la infancia de uno... todas esas cosas. Ya te digo, el ruido era tal que apenas podíamos hablar.

— En fin. ¿Y tu abrigo azul?

— Bien. Le alivié un poco el forro.



Mónica Naranjo Uribe, *Berlin half-stories* (serie de 65 dibujos y textos), dibujo a lápiz con coloreado e impresión digital, 20 x 20 cm, 2007-2008

— ¿Cómo es la ropa este año?

— Terrible. Pero encantadora. Por todos lados se ven lentejuelas — dijo la chica.

— ¿Y tu habitación?

— Está bien. Pero nada más que eso. No pudimos conseguir la habitación que nos daban antes de la guerra — dijo la chica —. Este año la gente es un espanto. Tendrías que ver a los que se sientan al lado nuestro en el comedor. Parece que hubieran venido en un camión.

— Bueno, en todas partes es igual. ¿Y tu vestido tipo bailarina?

— Demasiado largo. Te dije que era demasiado largo.

— Muriel, te lo voy a preguntar una vez más... ¿En serio estás bien?

— Sí, mamá — dijo la chica —. Por enésima vez.

— ¿Y no quieres volver a casa?

—No, mamá.

—Tu padre dijo anoche que estaría encantado de hacerse cargo si quisieras irte sola a algún lado y pensarlo bien. Podrías hacer un hermoso crucero. Los dos pensamos...

—No, gracias —dijo la chica, y descruzó las piernas—. Mamá, esta llamada va a costar una flor...

—Cuando pienso cómo estuviste esperando a ese muchacho durante toda la guerra... quiero decir, cuando una piensa en esas esposas tan locas que...

—Mamá —dijo la chica—. Colguemos. Seymour puede llegar en cualquier momento.

—¿Dónde está?

—En la playa.

—¿En la playa? ¿Solo? ¿Se porta bien en la playa?

—Mamá —dijo la chica—. Hablas de él como si fuera un loco furioso.

—No dije nada de eso, Muriel.

—Bueno, esa es la impresión que das. Mira, todo lo que hace es estar tendido en la arena. Ni siquiera se quita la salida de baño.

—¿No se quita la salida de baño? ¿Por qué no?

—No lo sé. Tal vez porque tiene la piel tan blanca.

—Dios mío, necesita tomar sol. ¿Por qué no lo obligas?

—Lo conoces muy bien —dijo la chica, y volvió a cruzarse de piernas—. Dice que no quiere tener un montón de imbéciles alrededor mirándole el tatuaje.

—¿Si no tiene ningún tatuaje! ¿O acaso se hizo tatuar cuando estaba en la guerra?

—No, mamá. No, querida —dijo la chica, y se puso de pie—. Escúchame, a lo mejor te llamo otra vez mañana.

—Muriel. Hazme caso.

—Sí, mamá —dijo la chica, cargando su peso sobre la pierna derecha.

—Llámame en el mismo momento en que haga, o diga, algo raro..., tú me entiendes. ¿Me oyes?

—Mamá, no le tengo miedo a Seymour.

—Muriel, quiero que me lo prometas.

—Bueno, te lo prometo. Adiós, mamá —dijo la chica—. Cariños a papá —colgó.

—Ver más vidrio (*) —dijo Sybil Carpenter, que estaba alojada en el hotel con su mamá—. ¿Viste más vidrio?

—Gatita, por favor, no sigas repitiendo eso. La vas a enloquecer a mamita. Quédate quieta, por favor.

La señora Carpenter untaba la espalda de Sybil con bronceador, repartiéndolo sobre sus omóplatos, delicados como alas. Sybil estaba precariamente sentada en una enorme y tensa pelota de playa, mirando el océano. Usaba un traje de baño de color amarillo canario, de dos piezas, una de las cuales no necesitaría realmente por nueve o diez años más.

—En verdad no era más que un pañuelo de seda común... una podía darse cuenta cuando se acercaba a mirarlo —dijo la mujer sentada en la reposera contigua a la de la señora Carpenter—. Ojalá supiera cómo lo anudó. Era una preciosura.

— Por lo que usted me dice, parece precioso
— asintió la señora Carpenter.

— Quédate quieta, Sybil, gatita...

— ¿Viste más vidrio? — dijo Sybil.

La señora Carpenter suspiró.

— Muy bien — dijo. Tapó el frasco de bronceador —. Ahora vete a jugar, gatita. Mamita va a ir al hotel a tomar un copetín con la señora Hubbel. Te traeré la aceituna.

Cuando quedó en libertad, Sybil corrió de inmediato hacia la parte asentada de la playa y echó a andar hacia el Pabellón de los Pescadores. Se detuvo únicamente para hundir un pie en un castillo inundado y derruido, y enseguida dejó atrás la zona reservada a los clientes del hotel.

Caminó cerca de medio kilómetro y de pronto echó a correr oblicuamente, alejándose del agua hacia las arenas flojas. Se detuvo al llegar al sitio en que un hombre joven estaba echado de espaldas.

— ¿Vas a ir al agua, ver más vidrio? — dijo.

El joven se sobresaltó, y se llevó la mano derecha, instintivamente, a las solapas de su salida de baño. Se volvió boca abajo, dejando caer una toalla enrollada como una salchicha que tenía sobre los ojos, y miró de reojo a Sybil.

— ¡Ah!, hola Sybil.

— ¿Vas a ir al agua?

— Te estaba esperando — dijo el joven —. ¿Qué hay de nuevo?

— ¿Qué? — dijo Sybil.

— ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué programa tenemos?



Mónica Naranjo Uribe, *Berlin half-stories* (serie de 65 dibujos y textos), dibujo a lápiz con coloreado e impresión digital, 20 x 20 cm, 2007-2008

— Mi papá llega mañana en avión — dijo Sybil, pateando la arena.

— No me tires arena a la cara, nena — dijo el joven, tomando con una mano el tobillo de Sybil —. Bueno, era hora de que tu papi llegara. Lo he estado esperando cada minuto. Cada minuto.

— ¿Dónde está la señora?

— ¿La señora? — el joven hizo un movimiento, sacudiéndose la arena del pelo ralo —. Difícil saberlo, Sybil. Puede estar en miles de lugares. En la peluquería. Haciéndose teñir el pelo de color visón. O haciendo muñecos para los chicos pobres en su habitación.

Poniéndose boca abajo cerró los dos puños, apoyó uno encima del otro y acomodó el mentón sobre el de arriba.

— Pregúntame algo más, Sybil — dijo —. Tienes un traje de baño muy lindo. Si hay algo que me gusta, es un traje de baño azul.

Sybil lo miró fijo, y después contempló su barriga sobresaliente.

— Este es amarillo — dijo —. Es amarillo.

— ¿En serio? Acércate un poco más.

Sybil dio un paso adelante.

— Tienes toda la razón del mundo. Qué tonto soy.

— ¿Vas a ir al agua? — dijo Sybil.

— Lo estoy considerando seriamente, Sybil. Lo estoy pensando muy en serio, si quieres saberlo. Sybil hundió los dedos en el flotador de goma que el joven usaba a veces como almohadón. — Necesita aire — dijo.

— Es verdad. Necesita más aire de lo que estoy dispuesto a reconocer — retiró los puños y dejó que el mentón descansara en la arena —. Sybil — dijo —, estás muy linda. Es un gusto verte. Cuéntame algo de ti — estiró los brazos hacia adelante y tomó en sus manos los dos tobillos de Sybil —. Yo soy capricorniano.

¿Cuál es tu signo?

— Sharon Lipschutz dijo que la dejaste sentarse a tu lado en el taburete del piano — dijo Sybil.

— ¿Sharon Lipschutz dijo eso?

Sybil asintió enérgicamente.

Le soltó los tobillos, encogió los brazos y recostó el costado de la cara en el antebrazo derecho.

— Bueno — dijo —. Tú sabes cómo son estas cosas, Sybil. Yo estaba sentado ahí, tocando. Y tú te habías perdido de vista totalmente y vino Sharon Lipschutz y se sentó a mi lado. No podía sacarla de un empujón, ¿no es cierto?

— Sí que podías.

— ¡Ah!, no. No era posible — dijo el joven —. Pero, ¿sabes lo que hice, en cambio?

— ¿Qué?

— Hice de cuenta que eras tú.

Sybil inmediatamente bajó la cabeza y empezó a cavar en la arena.

— Vamos al agua — dijo.

— Bueno — replicó el joven —. Creo que puedo arreglarme para hacerlo.

— La próxima vez, sácala de un empujón — dijo Sybil.

— ¿Que saque a quién?

— A Sharon Lipschutz.

— ¡Ah!, Sharon Lipschutz — dijo él —. ¡Cómo aparece siempre ese nombre! Mezcla de recuerdos y deseos — repentinamente se puso de pie y miró el mar —. Sybil — dijo —, ya sé lo que podemos hacer. Vamos a tratar de pescar un pez banana.

— ¿Un qué?

— Un pez banana — dijo, y desanudó el cinto de su salida de baño.

Se la quitó. Tenía los hombros blancos y angostos y el pantalón de baño era azul eléctrico. Plegó la salida, primero a lo largo, después en tres dobleces. Desenrolló la toalla que había puesto sobre los ojos, la tendió sobre la arena y puso encima la salida plegada. Se agachó, recogió el flotador y lo sujetó bajo su brazo derecho. Luego, con la mano izquierda tomó la de Sybil.

Los dos echaron a andar hacia el mar.

— Me imagino que ya habrás visto unos cuantos peces banana — dijo el joven. — ¿En serio que no? Pero, ¿dónde vives, entonces?

— No sé — dijo Sybil.

—Claro que sabes. Tienes que saber. Sharon Lipschutz sabe dónde vive, y no tiene más que tres años y medio.

Sybil se detuvo y de un tirón arrancó su mano de la de él. Recogió una conchilla común y la observó con estudiado interés. Luego la tiró.

—Whirly Wood, Connecticut —dijo, y echó nuevamente a andar, con la barriga hacia adelante. —Whirly Wood, Connecticut —dijo el joven—. ¿Eso, por casualidad, no está cerca de Whirly Wood, Connecticut? Sybil lo miró:

—Ahí es donde vivo —dijo con impaciencia—. Vivo en Whirly Wood, Connecticut.

Se adelantó unos pasos, tomó el pie izquierdo con la mano izquierda y dio dos o tres saltos.

—No te imaginas cómo eso aclara todo —dijo él.

Sybil soltó su pie: —¿Has leído “El negrito sambo”? —dijo.

—Es gracioso que me preguntes eso —dijo él—. Da la casualidad que acabé de leerlo anoche —se inclinó y volvió a tomar la mano de Sybil—. ¿Qué te pareció? —le preguntó.

—¿Los tigres corrían todos alrededor de ese árbol?

—Creí que nunca iban a parar. Jamás vi tantos tigres.

—No eran más que seis —dijo Sybil.

—¡Nada más que seis! —dijo el joven—. ¿Y dices nada más?

—¿Te gusta la cera? —preguntó Sybil.

—¿Si me gusta qué? —dijo el joven.

—La cera.



Mónica Naranjo Uribe, *Berlin half-stories* (serie de 65 dibujos y textos), dibujo a lápiz con coloreado e impresión digital, 20 x 20 cm, 2007-2008

—Mucho. ¿A ti no?

Sybil asintió con la cabeza. —¿Te gustan las aceitunas? —preguntó.

—¿Las aceitunas?... Sí. Las aceitunas y la cera. Nunca voy a ningún lado sin ellas.

—¿Te gusta Sharon Lipschutz? —preguntó Sybil.

—Sí. Sí, me gusta. Lo que me gusta más que nada de ella es que nunca les hace cosas feas a los perritos en la sala del hotel. Por ejemplo, a ese bulldog enano de la señora canadiense. Te resultará difícil creerlo, pero hay algunas nenas que se divierten mucho molestándolo con los palitos de los globos. Pero Sharon, jamás. Nunca es mala ni grosera. Por eso la quiero tanto.

Sybil no dijo nada.

—Me gusta masticar velas —dijo ella, por último.

—¡Ah!, ¿y a quién no? —dijo el joven mojándose los pies—. ¡Caracoles! Está fría. —Dejó

caer el flotador en el agua—. No, espera un segundo, Sybil. Espera a que estemos un poquito más afuera.

Avanzaron hasta que el agua llegó a la cintura de Sybil. Entonces el joven la levantó y la depositó boca abajo en el flotador.

—¿Nunca usas gorra de baño ni nada de eso? —preguntó.

—No me sueltes —dijo Sybil—. Sujétame, ¿quieres?

—Señorita Carpenter. Por favor. Yo sé lo que estoy haciendo —dijo el joven—. Sólo ocúpate de ver si aparece un pez banana. Hoy es un día perfecto para peces banana.

—No veo ninguno —dijo Sybil.

—Es muy posible. Sus costumbres son muy curiosas. Muy curiosas.

Siguió empujando el flotador. El agua no le alcanzaba al pecho.

—Llevan una vida muy triste —dijo—. ¿Sabes lo que hacen, Sybil?

Ella meneó la cabeza.

—Bueno, te diré. Entran en un pozo que está lleno de bananas. Cuando entran, parecen peces como todos los demás. Pero una vez adentro, se portan como cochinos. ¿Sabes?, he oído hablar de peces banana que han entrado nadando en pozos de bananas y llegaron a comer setenta y ocho bananas —empujó al flotador y a su pasajera treinta centímetros más cerca del horizonte—. Claro, después de eso engordan tanto que no pueden volver a salir. No pasan por la puerta.

—No vayamos tan lejos —dijo Sybil—. ¿Y qué pasa después con ellos?

—¿Qué pasa con quiénes?

—Con los peces banana.

—Bueno, ¿te refieres a después de comer tantas bananas que no pueden salir del pozo?

—Sí —dijo Sybil.

—Mira, lamento decírtelo, Sybil. Se mueren.

—¿Por qué? —preguntó Sybil.

—Contraen fiebre bananífera. Es una enfermedad terrible.

—Ahí viene una ola —dijo Sybil nerviosa.

—La ignoraremos. La mataremos con la indiferencia —dijo el joven—, como dos engréidos.

—Tomó los tobillos de Sybil con ambas manos y empujó para adelante y para abajo. El flotador levantó la proa por encima de la ola. El agua empapó los cabellos rubios de Sybil, pero sus gritos eran de puro placer. Cuando el flotador estuvo nuevamente en posición horizontal, se apartó de los ojos un mechón de pelo pegado, húmedo, y comentó: —Acabo de ver uno.

—¿Un qué, mi amor?

—Un pez banana.

—¡No, por Dios! —dijo el joven—. ¿Tenía alguna banana en la boca?

—Sí —dijo Sybil—. Seis.

El joven de pronto tomó uno de los empapados pies de Sybil que colgaban por el borde del flotador y le besó la planta.

—¡Eh! —dijo la propietaria del pie, volviéndose.

—¿Cómo, eh? Ahora volvamos. ¿Ya te divertiste bastante?

— ¡No!

— Lo siento — dijo, y empujó el flotador hacia la playa hasta que Sybil descendió. El resto del camino lo llevó bajo el brazo.

— Adiós — dijo Sybil y salió corriendo, sin lamentarlo, en dirección al hotel.

El joven se puso la salida de baño, cruzó bien sus solapas y metió la toalla en el bolsillo. Recogió el flotador mojado y resbaloso y lo acomodó bajo el brazo. Caminó solo, trabajosamente, por la arena caliente, blanda, hasta el hotel.

En el primer nivel de la planta baja del hotel — que los bañistas debían usar según instrucciones de la gerencia — entró con él en el ascensor una mujer con la nariz cubierta de pomada de zinc. — Veo que me está mirando los pies — dijo él, cuando el ascensor se puso en marcha.

— ¿Cómo dice? — dijo la mujer.

— Dije que veo que me está mirando los pies.

— ¡Cómo dijo! Casualmente estaba mirando el piso — dijo la mujer, y se dio vuelta enfrentando las puertas del ascensor.

— Si quiere mirarme los pies, dígalo — dijo el joven —. Pero, maldita sea, no trate de hacerlo con tanto disimulo.

— Déjeme salir, por favor — dijo rápidamente la mujer a la ascensorista.

Las puertas se abrieron y la mujer salió sin mirar hacia atrás.

— Tengo los pies completamente normales y no veo por qué demonios tienen que mirármelos — dijo el joven —. Quinto piso por favor.



Mónica Naranjo Uribe, *Berlin half-stories* (serie de 65 dibujos y textos), dibujo a lápiz con coloreado e impresión digital, 20 x 20 cm, 2007-2008

Sacó la llave del cuarto del bolsillo de su salida de baño.

Bajó en el quinto piso, caminó por el pasillo y abrió la puerta del 507. La habitación olía a valijas nuevas de cuero de vaquillona y a quitaesmalte de uñas.

Echó una ojeada a la chica que dormía en una de las camas gemelas. Después fue hasta una de las valijas, la abrió y extrajo una automática debajo de una pila de calzoncillos y camisetas — Ortgies calibre 7.65 —. Sacó el cargador, lo examinó y volvió a colocarlo. Corrió el seguro. Después se sentó en la cama desocupada, miró a la chica, apuntó con la pistola y se descerrajó un tiro en la sien derecha.

*Publicado inicialmente en *The New Yorker* el 31 de enero de 1948; en 1953 se incluyó en el libro *Nueve cuentos*. Texto tomado, con fines divulgativos, del recurso digital: <http://www.bartleby.com.ar/wp-content/uploads/Un-d%C3%ADa-perfecto-para-el-pez-banana.pdf>